

LA COOPERACIÓN ACADÉMICA EN TIEMPOS DE CRISIS: ENTRE EL PESIMISMO DE LA INTELIGENCIA Y EL OPTIMISMO DE LA VOLUNTAD

Pablo Gentili

Secretario Ejecutivo Adjunto del
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

El pesimismo de la inteligencia

La reciente crisis financiera internacional abrirá, sin lugar a dudas, un conjunto de oportunidades y desafíos para los países de América Latina y el Caribe. Sin embargo, en el campo de la cooperación internacional y, particularmente, de la cooperación académica, la crisis actual parece dibujar un horizonte de incertidumbres que quizás no disminuya el optimismo de nuestra voluntad, aunque ciertamente sí hará aumentar el pesimismo de nuestra inteligencia.

Por un lado, parece casi inevitable que la crisis provocará una disminución en el ritmo del crecimiento económico regional. La desaceleración del ciclo de expansión, que se hizo notable en América Latina durante los últimos años, parece casi irreversible. Una tendencia que, lamentablemente, reafirma la alta volatilidad del crecimiento regional y que impacta de forma socialmente dramática en todos los países del continente. En efecto, casi todas las naciones de América Latina y el Caribe vieron reducir su PIB en el año 2008, con relación a los cuatro años anteriores. En el 2009, las perspectivas empeorarán para la mayoría de ellos. Una pésima noticia, por cierto, en una región marcada por la altísima pobreza y una persistente injusticia social. Más allá de las ponderaciones y matices que puedan objetarse a cualquier generalización en este campo, parece evidente que la crisis actual tendrá un impacto negativo en los niveles de empleo, haciendo más regresiva y desigual la distribución del ingreso, profundizando la

pobreza y empujando hacia ella a sectores que habían conseguido mejorar sus condiciones de vida en los últimos años.

El escenario no parece demasiado alentador desde el punto de vista del desarrollo humano y, aunque pueda ser paradójico, tampoco lo es para la cooperación internacional. En rigor, aunque el principal objetivo de la cooperación internacional debería ser apoyar y promover condiciones que amplíen las oportunidades de desarrollo humano en las regiones más pobres y desiguales del planeta, la actual crisis, que no ha impactado sólo en la periferia sino también de forma intensa en las naciones más poderosas del mundo, tendrá un efecto seguramente negativo en este tipo de gasto. Por las razones que fueran, escenarios como el presente tienden a generar actitudes preventivas o defensivas por parte de los gobiernos más desarrollados, que, en el corto o mediano plazo, suelen tener efectos también regresivos sobre los gastos en cooperación.

En este marco, donde aún se discute la duración y las dimensiones de la crisis, no parece ser muy promisorio el escenario de la cooperación académica en los países de América Latina y el Caribe. Difícilmente, ante las urgencias y obligaciones que la coyuntura les impone, los gobiernos de la región ampliarán sus ya modestos esfuerzos de cooperación en este campo. Por su parte, resulta difícil suponer que los gobiernos, organizaciones y fundaciones del Norte, muchos de los cuales ejercen una función central en la promoción de la cooperación académica regional, van a vislumbrar el escenario de certidumbres y de confianza que suelen requerir para la implementación de sus políticas de apoyo. Seguramente, primará un clima de expectativa y cautela cuya consecuencia directa será la reducción de las inversiones y aportes realizados a ciertas regiones, especialmente América Latina.

La situación es, por decirlo de alguna forma, curiosa. Los países latinoamericanos enfrentaron un ciclo de expansión notable en los últimos años. Al hacerlo, mostraron un desempeño positivo en la implementación de políticas públicas que, a pesar de ser insuficientes, fueron capaces de contribuir a una disminución de la pobreza y de la indigencia en la región. En la medida en que los indicadores sociales tendieron a mejorar, el interés de la cooperación internacional comenzó a alejar su atención de la región,

con rarísimas excepciones. En el campo académico, esto ha sido particularmente notable. Las mejoras en el financiamiento universitario y en la inversión científica nacional que evidenciaron diversos países, limitadas aunque muy importantes, tendieron asimismo a desestimular el interés de instituciones del Norte que ejercen un significativo papel de apoyo en la región.

Hoy, la situación se vuelve más compleja. Por un lado, la crisis financiera internacional tendrá en materia social un efecto regresivo muy grave para América Latina y el Caribe. Aunque esta situación debería ampliar y no disminuir el gasto social en educación y desarrollo científico-tecnológico nacional, la experiencia muestra que, en situaciones semejantes, la actitud asumida por los gobiernos ha sido la contraria, poniendo en riesgo conquistas democráticas de gran importancia para el desarrollo universitario y científico de muchos de nuestros países. Este escenario, lejos de aumentar el interés de los organismos de cooperación académica internacionales por América Latina, parece estar disminuyéndolo. Una situación que se agrava con el triunfo de administraciones conservadoras en países que han ejercido un papel de gran importancia y liderazgo en este campo.

Así las cosas, en materia de cooperación académica internacional, no parecen estar diseñándose en el horizonte “ventanas de oportunidades”, sino más bien un muro de frustraciones. Los que actuamos y trabajamos en algunas de estas instituciones deberemos quizás aumentar muchísimo el optimismo de nuestra voluntad para combatir el pesimismo de nuestra inteligencia. Se avecinan tiempos duros. Prepararse para enfrentarlos es no sólo una necesidad sino parte de nuestra responsabilidad.

Pero, ¿cómo hacerlo?

El optimismo de la voluntad

“Habría que aprender a rezar”, afirmaba recientemente el rector de una prestigiosa universidad latinoamericana cuando se le preguntó qué hacer ante la crisis. La respuesta, además de poner en evidencia el limitado dominio de los hábitos religiosos del funcio-

nario, parece desde todo punto de vista insuficiente. También lo es aquella que, amparada en una irresponsable candidez adolescente, lleva a algunos a afirmar que hay que esperar a que la crisis se detenga para ver qué hacer. Suponiendo que, en una perspectiva optimista, América Latina y el Caribe han vivido los últimos sesenta años en crisis, la propuesta sugiere un abúlico proceder que, en el caso de quienes tienen obligaciones de gestión, roza con la irresponsabilidad y la indiferencia.

La crisis nos impone la necesidad de pensar hoy, más que nunca, nuevas y mejores formas de cooperación académica entre los países de América Latina y el Caribe. En este sentido, resulta fundamental mejorar y ampliar el diálogo y los acuerdos con los gobiernos, organizaciones y fundaciones que, en el Norte, aún continúan apoyando proyectos e iniciativas de cooperación científica. Para esto, es necesario diseñar políticas basadas en la corresponsabilidad, que canalicen esfuerzos y financiamientos hacia proyectos e instituciones dispuestas a evaluar los resultados de sus acciones, realizar una gestión responsable y transparente de los recursos y diseñar planes estratégicos que eviten la dispersión y la pulverización de iniciativas. La proximidad de ajustes y la reducción de financiamientos internacionales obliga a los países y organizaciones donatarias a mostrar los efectos negativos que tendrán en la región todo corte de recursos y la reducción de una ayuda que, aunque pocas veces se reconoce, tiene un papel central en la mejora en las condiciones de desarrollo humano regional. Sin embargo, la coyuntura también obliga a que los países y organizaciones que se benefician de la cooperación puedan ser capaces de mostrar la eficacia social, política y académica de sus proyectos, el impacto y la incidencia que los mismos poseen, las contribuciones que estos realizan para la construcción de mejores condiciones de desarrollo e igualdad en el continente. Se trata de tallar “ventanas de oportunidad” en el muro de frustraciones que se divisa en el futuro inmediato. Y habrá que hacerlo no sólo de adentro hacia afuera, sino también de adentro hacia adentro, cambiando prácticas cuya limitada eficacia política y académica tienden a silenciarse como subproducto de su permanente repetición. Apelar a la responsabilidad de los países y organizaciones del Norte en materia de cooperación académica regional, particularmente con América Latina y el Caribe, es imperioso. Pero

hacerlo sin instituir nuevas prácticas de cooperación e intercambio que cuenten con apoyo de los propios países y organizaciones de la región es, como mínimo, una aspiración irresponsable. En este caso, quizás, sea más efectivo aprender a rezar.

La crisis impone, pues, un enorme desafío interno a todos los gobiernos de la región, así como a las instituciones latinoamericanas y caribeñas que actúan en este campo. También, claro, a las principales universidades e institutos de investigación que tanto se han beneficiado de la ayuda externa y que tanto precisan aún hoy de ella.

La coyuntura nos obliga a un riguroso ejercicio de introspección y autocrítica, evitando las respuestas balsámicas que ayudan a calmar ansiedades, pero no a modificar realidades incómodas. En los últimos años, como pocas veces se podría haber imaginado, los gobiernos de la región han dado inicio a un proceso de integración e intercambio con un enorme potencial económico. Recientemente, este impulso ganó fuerza con acuerdos multilaterales que consolidan la posibilidad efectiva de pensar y construir la integración latinoamericana y caribeña más allá de una retórica expresión de deseos. Sin embargo, en el campo de la cooperación académica regional, exceptuando avances de escala muy limitada, no se ha hecho demasiado. Una casi total ausencia de planes estratégicos en este campo se suma a una limitadísima inversión de recursos destinados a promover la integración en el campo científico y tecnológico. Resultan altamente promisorias las virtudes que buena parte de los gobiernos latinoamericanos encuentran en el potencial regional de estos espacios de cooperación e intercambio comercial y productivo. Lo que llama la atención es que no se encuentren las mismas virtudes en la posibilidad de articular mejor y de forma más efectiva nuestras universidades, nuestras políticas de ciencia y tecnología, nuestros programas de promoción y desarrollo académico. En un escenario regional marcado por los ideales de la integración, parece sorprendente que los gobiernos confíen más en la eficacia democrática de la integración de los mercados que en el de la integración de las instituciones de producción del saber científico y tecnológico. Es irónico que se haya avanzado más en acuerdos que implican intereses financieros y comerciales que en la construcción de un gran espacio latinoamericano y caribeño (mejor aún, iberoamericano) del conocimiento. En materia académica

mica, la integración regional continúa siendo una expresión de deseos. Hay excepciones, claro. Las mismas no hacen sino confirmar la regla.

Por otro lado, las universidades latinoamericanas han sido deglutidas por una cultura institucional de supervivencia que difícilmente encuentra en la cooperación académica (nacional o internacional), el salvavidas necesario para evitar lo que identifican como su inminente hundimiento. Un ejemplo emblemático de esta tendencia es el curioso desarrollo de los posgrados a nivel regional. La dispersión, multiplicación y superposición de la oferta es enorme. Todos por cierto, se proponen desarrollar estrategias de cooperación e intercambio, aunque la competencia interinstitucional es tan intensa que las oportunidades de movilidad estudiantil y docentes son casi nulas. No deja de ser verdad que los gobiernos de la región mucho han contribuido con esta situación, subordinando parte del financiamiento universitario a políticas de distribución competitivas y meritocráticas. Sin embargo, esto no disminuye la complejidad de una fisonomía institucional que se dibuja en contraposición a cualquier aspiración cooperativa: no es raro ver en una misma institución una multiplicación de ofertas de posgrado, creadas en virtud no de necesidades epistemológicas o teóricas, sino de meras disputas de poder entre quienes componen el cuadro profesional de la universidad en cuestión. La academia latinoamericana y caribeña no parece estar muy seducida por las prácticas efectivas de cooperación e intercambio solidario, aunque sí, con frecuencia, suele dedicar a ellas buena parte de sus oraciones.

La crisis, sin lugar a dudas, nos está enseñando muchas cosas. Una de ellas es que debemos construir un nuevo modelo de cooperación académica internacional, donde al Norte y al Sur le caben muchas responsabilidades y no pocos desafíos. A medida que comencemos a transitar este camino, quizás el pesimismo de nuestra inteligencia irá en aumento. Sin embargo, esto no hará sino redoblar la aspiración a trabajar desde los espacios de cooperación académica internacional, reforzando nuestro optimismo y nuestra confianza en que las oportunidades se construyen, como el futuro, a contramano.

Buenos Aires, septiembre de 2009